

El derecho en el proceso de la civilización. Consideraciones metodológicas*

The Law in the process of civilization. Methodological Considerations

ORLANDO MENESES QUINTANA**
orlando.meneses@ulibre.edu.co

Resumen

El proyecto de investigación publicado y del cual deriva el presente artículo plantea una reconstrucción de la historia del derecho (como teoría y como práctica) desde la perspectiva particular del sociólogo Norbert Elias presentada en su obra fundamental *El proceso de la civilización*. Aquí se exponen los fundamentos del andamiaje metodológico elaborado para tal reconstrucción, el cual implica una toma de posición teórica frente a los campos de la sociología clásica, de la sociología jurídica y de la ciencia histórica. De esta posición surgen sus intereses del conocimiento y sus conceptos fundamentales, presentados como “hermenéutica histórica” en cuanto esta particular reconstrucción advierte y rastrea un sentido en la historia del derecho. Finalmente, se plantea el fenómeno de la llamada ‘Primavera Árabe’ como desafío interpretativo para la teoría y sus fundamentos metodológicos, en su capacidad de rastrear sus potencialidades precisamente como proceso civilizatorio.

PALABRAS CLAVE: Norbert Elias, civilización, sociología, historia, sentido.

Fecha de recepción: agosto 5 de 2013

Fecha de aceptación: agosto 27 de 2013

Abstract

The published research project which derives this article raises a reconstruction of the history of laws (as theory as well as practice) from the singular perspective of the sociologist Norbert Elias as he presented it on his work *The civilization process*. Here are presented its methodological foundations, which implies a proper theoretical view about the field of classical sociology, juridical studies, and the science of history. From this point arises its interests of knowledge and concepts, named as “historical hermeneutics” because its view identifies and tracks a meaning in the history of laws. Finally, the article raises the phenomenon known as ‘The Arab Spring’ as a interpretative challenge to this theory and its foundations, for its capacities to track it precisely as a ‘civilization process’.

KEY WORDS: Norbert Elias, civilization, sociology, history, meaning.

* Artículo de investigación científica producto de la investigación *Teorías políticas contemporáneas: el Derecho y el Estado en el proceso de la civilización*, presentada en el grupo Estado, Derecho y Territorio del Centro de Investigaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad Libre, Bogotá (2012).

** Sociólogo, especialista en Derecho Constitucional, magíster en Sociología Política, candidato a Doctor en Filosofía. Profesor asistente en la Facultad de Derecho de la Universidad Libre.

Introducción

El propósito de este artículo es presentar los elementos metodológicos fundamentales del programa de investigación *El derecho en el proceso de la civilización*, que actualmente se desarrolla en el grupo de investigación “Estado, derecho y territorio”, adscrito a la Facultad de Derecho de la Universidad Libre, en Bogotá.

Para ello se hace, en primer lugar, un breve acercamiento al recorrido vital e intelectual de Norbert Elias, en cuya obra se inspira el mencionado programa de investigación. A continuación se exponen los pasos a seguir en la indagación a partir de las consideraciones metodológicas que el mismo Elias presentó en diversas ocasiones, desde su particular perspectiva heurística. En un tercer momento se muestran los elementos principales de la elaboración que este autor hizo de la tradición clásica, de la que parte, y cuyos fundamentos asume como sociólogo, y que se reconocen aquí como soporte para la aproximación sociojurídica propuesta en el mencionado programa.

En el cuarto apartado, y descrita ya su actitud intelectual

fundamental, se la relaciona con algunas teorías del conocimiento a fin de desvelar los intereses de la investigación en general, y de la investigación sociojurídica en particular. En quinto lugar, se muestran tres momentos que identifican el talante intelectual de Norbert Elias, siempre apegado a los datos como forma de balancear los resultados de la investigación, sometimiento que mide la propia honestidad intelectual frente a la inevitable y necesaria posición ideológica. En un sexto momento de la presentación se sintetizan los elementos fundamentales de la particular propuesta eliasiana y sus posibilidades de aplicación, que ha inspirado al grupo conocido como Escuela de Ámsterdam. Por último, se hace una aproximación desde toda esta reconstrucción metodológica a los términos que definen la línea de investigación aquí presentada, al instrumental teórico que sustenta esta indagación sobre el papel del derecho en el proceso de la civilización, y su posible aplicación al movimiento conocido como La Primavera Árabe, ejemplo de lo que el derecho pone en juego como herramienta de civilización de las emociones y de los comportamientos humanos.

De esta manera se espera dejar en claro los elementos heurísticos implicados en este programa de investigación, con el fin de abonar el terreno para la discusión sobre la urgente cuestión de si el derecho tiene algún sentido.

Metodología

El artículo se basa en el análisis documental de las teorías presentadas y en el análisis cualitativo que indaga la relación complementaria entre ellas, como marco conceptual de la perspectiva de interpretación sobre el Estado y el derecho a la que fundamenta, y asume un enfoque interdisciplinario en el marco de referencia sobre la política y el derecho.

Norbert Elias: la mirada desde una larga trayectoria (Breslau, 1897 — Ámsterdam, 1990)

Norbert Elias es hijo de su tiempo, y su vida es inseparable de su producción intelectual. Hijo único de honestos comerciantes judíos, estudió medicina y participó como enfermero alemán en la Primera Guerra Mundial. A su regreso se doctoró en fi-

lososofía y, decepcionado de esta, marchó a Heidelberg –cuna de la sociología alemana– para estudiar con Alfred Weber y Karl Manheim. Un día antes de su *Lectio Inauguralis* en la Universidad de Fráncfort, la presión de los Camisas Pardas le obligó a huir hacia Francia, donde pronto se encontró en condición de mendicidad. De allí pasó a Londres donde, gracias al estipendio de una asociación de inmigrantes judíos, escribió su *opus magnum*, *El proceso de la civilización: estudios psicogenéticos y sociogenéticos*, cuya primera edición –pagada por sus progenitores– se perdió en alguna bodega suiza durante los años de guerra. Visitado por sus padres, hizo todo lo posible por evitar su regreso a Alemania, y la consecuencia de su fracaso fue la desaparición de aquellos en Auschwitz. Permaneció como ‘docente ocasional’ en Leicester, marginado del debate intelectual, hasta la reedición de su *Proceso* en 1969. En 1962 marchó como profesor invitado a la Universidad de Ghana, donde vivió tres años; allí colaboró como trabajador social en la preparación de los aldeanos durante la construcción de la primera hidroeléctrica sobre el río Volta. En 1975 volvió a

Alemania, pero no pudo soportar los brotes de xenofobia que por entonces se intensificaban. Así que se radicó entonces en Ámsterdam, ciudad en la que un grupo de intelectuales fundó un grupo de investigación en torno a su obra. En 1977, tras el creciente interés que despertaba, le fue otorgado el prestigioso Premio Adorno en ciencias sociales. Octogenario, pudo ver cómo las publicaciones, el espacio en los medios y los doctorados Honoris Causa se multiplicaban. La muerte lo encontró en su espartano estudio, sin esposa o hijos (Van Krieken, 1998).

En palabras de algún comentarista, el desapego radical y la marcha constante le permitieron una poco común amplitud de perspectivas, una ingente y sensible capacidad de reflexión en una época de fanatismo militante. Se encuentra en prensa la edición de sus obras completas, con un volumen recopilatorio de sus poesías y dibujos, e incluso hoy se le sigue considerando como un sociólogo “marginal”.

Tres son los aspectos que aquí interesa destacar. En opinión de quien escribe, Norbert Elias condensa y fertiliza lo mejor de la tradición sociológica. En una

época en que el funcionalismo norteamericano, a-histórico, ejercía su indiscutible hegemonía mundial, Elias llamaba la atención sobre el carácter irreal de unos análisis que ignoran por completo la condición humana: somos proceso, es la historia la que nos constituye, y representamos solo un eslabón en la larga cadena de generaciones que no culmina en nosotros. Norbert Elias escribía para generaciones posteriores. En segundo lugar, dedicó toda su vida a la construcción de un modelo teórico que diera cuenta de esta condición humana. A este modelo lo llamó “Teoría de la civilización”, y en él involucra las grandes estructuras, los procesos de largo plazo y las comparaciones enormes, con las transformaciones en los comportamientos individuales. Es decir, logró reconciliar aquello que los fundadores de la sociología intuyeron, pero que la sociología del siglo XX relegó por completo y que aún hoy sigue siendo en gran parte ignorado: el dilema entre ‘agente’ y ‘estructura’. Por último, Elias fue capaz de desvelar y denunciar los intereses ocultos que hacen de la ciencia un artículo de fe: en la mayoría de los casos, los científicos falsean los

resultados desprevenidos de sus datos para hacerlos coincidir con sus propias expectativas. El diseño defectuoso de los instrumentos de análisis obedece a la incapacidad humana de superar el propio narcisismo incluso frente a la evidencia, incapacidad característica del actual estadio civilizatorio. La Teoría de la civilización despliega, así, un potencial desmitologizador que hace de Norbert Elias un pensador incómodo para algunas escuelas sociológicas y los intereses que representan.

Respecto a la historia del derecho, la literatura abunda en reconstrucciones desde la filosofía jurídica y desde la práctica ideológica, lo cual ha tenido el sobrado mérito de rastrear la sucesión de planteamientos que han configurado al derecho como agente de la consolidación estatal. Pero aquí se intentará mostrar la pertinencia de una reconstrucción del derecho como elemento de un proceso civilizatorio que llega en el siglo XXI a una encrucijada en la que se juega el destino de la humanidad toda.



En opinión de quien escribe, Norbert Elias condensa y fertiliza lo mejor de la tradición sociológica.

De la investigación en general – La ciencia como relevo de postas

La posición de Norbert Elias frente al conocimiento científico fue coherente con los resultados de su investigación, considerándolo un elemento típico de la mentalidad que lo genera como instrumento de orientación. Norbert Elias permaneció voluntariamente como un marginal, ya que sabía que

para llegar a la palestra pública debía hacer concesiones heurísticas¹ para él inaceptables. Fueron intelectuales audaces, desde la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Ámsterdam, quienes vieron los potenciales de su obra: apego a los datos, superación de las aproximaciones tergiversadoras por ideológicas (degradación de la profesión científica al servicio de intereses políticos), vocación genealógica en el largo plazo, reconstrucción de sentido y proyección en la figuración mundial como tarea pendiente donde se juega la Humanidad. Así, los reconocimientos tardíos como el premio Adorno y el *best-seller* de su obra máxima son solo anécdotas desde este punto de vista. Eias quiso enviar un mensaje desde su condición marginal, y tal vez sea este –en su exuberancia de posibilidades– el siglo de Norbert Elias.

La sociología como cazadora de mitos

Norbert Elias permaneció fiel al legado de los fundadores de

1. Aquí se ha preferido utilizar este término según la acepción de la Real Academia de la Lengua Española: Del gr. *euriskein* hallar/inventar. Arte de la indagación y del descubrimiento; búsqueda y estudio de documentos y fuentes históricas; manera de buscar la solución de un problema mediante métodos no rigurosos como el ensayo-error.

la sociología, Marx, Durkheim y Weber, especialmente en su convicción de que la vocación de la sociología es des-mitificar (des-construir, dicen otros) lo que se da por entendido, lo que permanece incuestionado en la conciencia colectiva, y que le provee identidad. Después de este proceso de desvelamiento (*alhqeia*), la misión para el intérprete consiste en aceptar o rechazar tal realidad, pero nunca ya a-críticamente. Resulta, así, una toma de posición necesariamente política, es decir, de convicción y compromiso públicos (Weber, 1995).

En esto, los fundadores siguieron a los “maestros de la sospecha”² y su convicción de que la categoría de individuo es una ficción moderna asociada al advenimiento del *homo oeconomicus*. Antes bien, constatan, la economía tiene como soporte el trabajo colectivo, aun si en gran parte permanece inconsciente, estructurado (‘mano invisible’). Sus trabajos confirman que, en realidad, el hombre no es señor en su casa, pues la economía

y la cultura son sistemas que promueven la interiorización de valores tradicionales que tienen como objetivo el orden social. Por lo tanto, la experiencia de la libertad está limitada por esta estructura de expectativas y oportunidades sociales configurada a través de un proceso de larga duración.

Así, Norbert Elias quiere recuperar la constatación fundamental de la sociología clásica perdida durante el siglo XX, el hecho de que el ser humano además de ser colectivo es histórico, y que así reproduce la sociedad en sus valores y tradiciones—experiencia que suele manifestarse en la llamada ‘opinión pública’—. De esta manera, la sociología ejerce su vocación en dos sentidos: por un lado, deconstruye y recupera lo que por su naturaleza permanece inconsciente; y por el otro, re-construye—con base en los datos— y proyecta la trayectoria o sentido de la historia como proceso civilizatorio (sentido de autocreación como Humanidad: *poiesis*). Esta labor hermenéutica confiere a la sociología su

perfil de cazadora de mitos: su lugar está en las grietas de la mentalidad colectiva, su objeto es aquello que aparece sin ser convocado, los mecanismos psicosociales que actúan bajo la superficie en la vida cotidiana. Por eso, el sociólogo acude como el mensajero incómodo que la sociedad desprecia, ciertamente, pero cuyo mensaje queda dicho y entendido (Bourdieu, 2000).

Ciencia e ideología

Un claro ejemplo de esta vocación desmitificadora de la sociología es desplegado por Elias en la primera parte de *El proceso de la civilización*, donde muestra cómo los prejuicios se incrustan en el origen de la ciencia y se niegan a abandonarla. Su análisis hace referencia al origen de los conceptos *Kultur* y *Civilisation*.

La particular historia francesa hizo pensar a sus cultivadores—desde Voltaire en *Filosofía de la Historia* o *El siglo de Luis XIV*—que su sociedad resultaba ejem-

2. Expresión utilizada por Paul Ricoeur (2003) refiriéndose al pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud precisamente como “des-enmascarador”.

plar, paradigmática o típica del ‘progreso’ humano en general, en parte porque consideraban este desarrollo como la obra de una voluntad colectiva que por primera vez se hace artífice de su destino, en parte porque sus colegas de otros países así lo veían. Consecuencia de ello es el llamado “afrancesamiento de Europa”, el proceso por el cual las cortes y sociedades europeas de los siglos XVII y XVIII cedieron a la influencia cultural y política de Versalles –y del cual el estilo modernizador de Catalina II en Rusia es un buen ejemplo (Réau, 1961).

También el término “república” ha sido utilizado de las más variadas formas y en todos los rincones del planeta para legitimar cualquier forma de gobierno, porque les confiere la dignidad que evoca la experiencia de la primera república y el prestigio nacional emanado de haber impulsado el proceso civilizatorio en dirección de la pacificación estatal interna y el consecuente desarrollo cultural –y más aún el de república “popular”–. Así que la obsesión de los historiadores por lo que allí sucedió, y el proceso por el cual esa experiencia devino paradigmática y universal, están en el origen del

término *civilisation* allí acuñado, y que se plasma por ejemplo en la noción de nacionalidad territorial (Soleil, 2006).

Por su parte, el término análogo *Kultur* surge en Alemania como resultado de su particular desarrollo histórico. Dado que el proceso de formación estatal fue allí muy lento debido a la política de equilibrio europeo, la cultura alemana maduró diseminada en diferentes países: Prusia, Baviera, Austria, Suiza, Chequia, Polonia, Países Bajos, el Báltico... Así surgió el sentimiento de identidad basado en una comunidad cultural, de lengua y mentalidad, de la que Prusia se hizo portadora. Cuando Alemania logró su unidad bajo Bismarck, y su posterior intento desesperado de reconstrucción bajo el nacional-socialismo, la mentalidad viró hacia la raza y un origen mítico común que se hacía remontar hasta Federico Barbarroja, lo que trajo como consecuencia la idea según la cual se es alemán por descendencia, y no por territorialidad. Desde luego, los historiadores alemanes prefirieron el término *Kultur* para designar este proceso que fundamentaba la idea de una “gran Alemania”, y refleja una oposición de carácter

nacional frente a la experiencia civilizatoria según pautas francesas (Elias, 1989).

Mediante estos análisis, Elias quiere desvelar la manera y los motivos por los cuales algunos elementos de la mentalidad colectiva –en este caso, nacional–, que se consolidan tras la formación estatal, se introducen en la ciencia y la forjan como un producto social. El marxismo soviético –que descalificaba a sus pares occidentales por ‘revisionistas’– y el funcionalismo norteamericano –obsesionado con la idea de equilibrio y pautas sociales–, son otros ejemplos típicos de procesos similares. Lo importante es que el trabajo arqueológico desenmascara así los intereses del conocimiento, después de lo cual ya verá el investigador si adhiere a ellos o busca alternativas, tomando de esta manera una decisión consciente y por la que debe responder.

La ciencia como carrera de relevos

Si la tradición (*tradere, Überlieferung*, transmisión) es el fundamento consolidado sobre el cual se edifica el presente –dado

que su autoridad le viene de haber resistido la prueba del tiempo—³, si de esta manera interpela y plantea un diálogo, también el trabajo científico se ve inmerso en el caudal de los logros alcanzados por las generaciones anteriores, siempre parciales y abiertos a verificación. La ciencia participa de la sociedad que le da origen, y por ello no comienza su indagación desde la nada, sino a partir de una herencia acumulada que le sirve de marco interpretativo.⁴ Por ejemplo, los análisis de Elias desvelan la afinidad del trabajo científico con la sociedad económica competitiva que le ha dado origen en la modernidad; pero en realidad, a pesar de las apariencias, la ciencia no es una carrera individual —que conduzca al Premio Nobel, por ejemplo—, sino una carrera de relevos en la que una generación —con todas sus ventajas y limitaciones— toma la posta y la lleva hasta el punto en donde otra la

espera para definir nuevas metas. Así se teje el conocimiento científico como tradición, como una cadena en la que algunos eslabones sobresalen, otros pasan a un segundo plano, y otros resurgen de acuerdo con la valoración de cada generación con su repertorio de preguntas y respuestas-paradigma.

Aquí surge una afinidad con el análisis del trabajo científico hecha por el filósofo Bernard Lonergan, que observó ocho etapas o “especializaciones funcionales” en toda investigación (Lonergan, 1997). Un investigador debe enfrentarse en primer lugar con una tradición intelectual en la que se han consolidado conceptos, teorías y perspectivas que le sirven como base o fundamento para su propio trabajo. Este primer movimiento de la investigación intenta recuperar el pasado en un proceso de cuatro etapas

complementarias: investigación, interpretación, historia y dialéctica. Sin embargo, y dado que el investigador espera que sus resultados se inserten a su vez en la tradición, proyecta su encuentro con ella en un segundo movimiento de cuatro etapas: fundamentos, doctrinas, sistematización y comunicación.

De esta manera, el esquema de las especializaciones funcionales muestra la necesidad del trabajo colectivo y de la apropiación crítica de sus resultados por parte de las generaciones más jóvenes, en un proceso siempre abierto que no puede ser abarcado por un solo individuo, sino que exige toda una maquinaria de investigación con soportes políticos, económicos e institucionales.

El esquema siguiente ilustra el proceso:

3. “La tradición histórica sólo puede entenderse cuando se incluye en el pensamiento el hecho de que el progreso de las cosas continúa determinándole a uno” (Gadamer, 1993, 460).

4. “Una investigación histórica profunda de una especialidad dada, en un momento dado, revela un conjunto de ilustraciones recurrentes y casi normalizadas de diversas teorías en sus aplicaciones conceptuales, instrumentales y de observación. Esos son los paradigmas de la comunidad revelados en sus libros de texto, sus conferencias y sus ejercicios de laboratorio. Estudiándolos y haciendo prácticas con ellos es como aprenden su profesión los miembros de la comunidad correspondiente. Por supuesto, el historiador descubrirá, además, una zona de penumbra ocupada por realizaciones cuyo status aún está en duda; pero, habitualmente, el núcleo de técnicas y problemas resueltos estará claro” (Kuhn, 2004, 80).

(Retrospectiva) Recuperación de la tradición: *investigación (datos), interpretación, historia (recepción e influencia), dialéctica*.

(Prospectiva) Actualización y proyección de la tradición: *fundamentos (episteme), doctrinas, sistematización, comunicación*.

Norbert Elias y la sociología clásica – La herencia importa

Es así como la trayectoria intelectual de Norbert Elias incorpora también su trayectoria vital. Desde su condición marginal, tanto en la vida social como en la vida académica, comprendió que el destino individual depende en una medida muy importante de la trayectoria de la sociedad a la que se pertenece. Ya se han mencionado las características generales del ambiente en el que desarrolló su obra, de tensión ideológica y hegemonía del funcionalismo norteamericano, a los que nunca cedió. Ahora trataremos brevemente su ambigua posición frente a los clásicos de la sociología.

La ambigüedad consiste, por un lado, en su apego irrestricto

a la herencia de aquellos que la tradición reconoce como fundadores, Marx, Durkheim y Weber; y de aquellos otros que él rescata del olvido, como Comte y Huizinga. En este primer momento, Elias valora el talante intelectual de estos pensadores, su amplia perspectiva, profundidad de análisis y mirada de larga duración.

Mas, por otro lado, Elias hizo un gran esfuerzo por superar esos primeros planteamientos, dado que si bien ellos definieron para la sociología su perfil irrenunciable, también es cierto que en su condición de pioneros no lograron identificar plenamente bien los detalles, bien el conjunto, bien su conexión desde una perspectiva general. En este segundo momento –de apropiación crítica–, Elias también somete a una interpretación profunda el pensamiento de algunos de los autores más respetados de aquel momento: Parsons, Freud, Foucault.

Veamos brevemente los detalles:

Comte. A pesar de que no fue un sociólogo en sentido estricto pues sus trabajos carecen de sustento empírico –y solo a los

franceses se les ocurrió incluirlo como padre de la sociología–, Elias rescata su particular positivismo que incluye la idea de una larga duración estructurada y que exhibe una trayectoria identificable. A Comte le interesaba el desarrollo ‘espiritual’ de la humanidad, del que la religión formaba parte importante pero que se veía desplazada necesariamente por el avance de la ciencia. La humanidad solo puede acceder a su conciencia plena si logra desarrollar la ciencia en ausencia de coerción alguna, inventando una sociedad que permita y promueva el espíritu científico. Elias valoró esta perspectiva que llamaba la atención sobre las condiciones sociales para el desarrollo de la ciencia y de la investigación, que Robert Merton abordaría en sus estudios sobre la *Royal Society* (Merton, 2002).

Max Weber. Es el pensador que encuentra primero en el origen de la perspectiva sociológica, gracias a su paso por Heidelberg y la notable influencia allí de Marianne y Alfred Weber. Admira en él la manera como vida y obra se reflejan mutuamente, explorando el misterio de la religión como condicionante antropológico y su papel

en la creciente contradicción entre la estructura y el mundo de la vida. Esta trayectoria vital reflejada en su investigación lo llevó a plantear una ciencia libre de valores, a la que el investigador debía plegarse y que derivaría en una “sociología comprensiva”. Al respecto, Elias considera que si bien es cierto que los valores permean la investigación en el momento de la elección del tema —pues nadie investiga lo que no le interesa—, resulta igualmente cierto que una vez introducido en la lógica científica, el observador no debe manipular los datos para lograr que concuerden con sus propios valores (Elias, 2002).

Elias también admiró y asumió la perspectiva de larga duración que exhibió Weber en sus análisis frente al desarrollo del capitalismo y la moderna burocracia estatal, y lo reconoce así como un clásico en su criterio de que resulta imposible comprender los problemas sociales prescindiendo de su origen y desarrollo. Así, uno de los aspectos que más resalta Elias es el desafío que Weber planteó al marxismo como corriente dominante, y en particular al postulado fundamental del determinismo económico. De ahí que en *La ética*

protestante y el origen del capitalismo, haya llamado la atención sobre esos otros aspectos que Marx menospreciaba como subproductos de la infraestructura económica. Dilucidando la manera como ese ‘opio del pueblo’ en su versión calvinista estuvo a la vanguardia de los procesos colectivos que ejercieron una influencia concomitante en el origen del capitalismo, Weber quiso mostrar que la realidad es compleja, exuberante en causas y efectos y, por lo tanto, muestra más de dos caras (Elias, 1999).

También fascinó a Elias la lucha que Weber libró durante toda su vida frente al “golpe Nietzsche”, autor que —junto a Kant— fijó su panorama filosófico. Nietzsche había llamado la atención sobre esa característica de la modernidad que es la moral del rebaño, el cúmulo de prejuicios que denunció precisamente como igualamiento inaceptable o reducción de lo humano al consumo estandarizado y solitario. De ahí que postulara una ‘aristocracia del espíritu’ como forma de rescatar la definición de la vida en el riesgo y la aventura, en la creación de sí mismo como algo inédito que adviene por pura voluntad (*Übermensch*). Así, el conocimiento sociológico-

co, según Elias aprendió de Weber, denuncia las consecuencias perversas de la modernidad y llama a una decisión personal frente a las formas alienantes de socialización para encontrar en el mundo un lugar alternativo al de la máquina productiva o “jaula de hierro”.

Con todo, Elias llamó la atención sobre las limitaciones de un concepto fundamental en la teoría weberiana, cual es el del individualismo metodológico tan caro al funcionalismo. Este asume que la sociología debe tener como punto de partida para sus explicaciones los comportamientos individuales, en cuya ligazón —de decisiones— se van tejiendo las estructuras sociales. Elias demostró el hecho que parecían obviar Weber y los seguidores del individualismo metodológico, consistente en que cada sociedad ofrece un marco definido para las decisiones individuales. Desde este punto de vista, de poco sirve estudiar las motivaciones para las acciones que hicieron importante a Luis XIV, si se pierde de vista que lo hizo en el marco de un Estado absolutista que daba cabida a este tipo de gobierno. Así, en la Francia de hoy ya no hay reyes absolutos, sus gober-

nantes toman sus decisiones en un marco distinto —el de la democracia constitucional— y desde ahí deben ser juzgados. Elias se muestra igualmente crítico con la metodología de los tipos ideales, el diseño racionalista de las condiciones ideales para la manifestación de un fenómeno, a manera de modelo para evaluar el caso real —aspecto que delataba la debilidad de Weber por la economía—. Elias optó por la elaboración de tipos reales, por la elucidación de su carácter irrepetible e irreversible, y solo desde esa perspectiva pueden servir de modelo a las necesarias comparaciones.

ÉMILE DURKHEIM. Norbert Elias también admiraba en Durkheim la trayectoria vital reflejada en su obra. Paradójicamente, al autor que tanto se esforzó por mostrar la importancia de los vínculos comunitarios para el sentido y calidad de vida de una persona, la pérdida de su único hijo en la Primera Guerra Mundial le produjo un desapego tal por la vida que al final le ocasionaría la muerte (Lukes, 1984). De hecho, Elias estudió un caso similar en *Mozart, sociología de un genio*, y describe cómo el músico brillante tan mimado

en su infancia por la sociedad cortesana, pierde el apego a la vida cuando esa misma sociedad lo hizo a un lado ante la llegada de nuevos y curiosos portentos.

Elias asumió la delimitación durkheimiana de los “hechos” sociales como fundamento para la observación científica de la sociedad —a partir exclusivamente de los datos—. Así, el continuo teórico que enlaza *La división del trabajo social*, *El suicidio* y *Las formas elementales de la vida religiosa*, muestra un apego irrestricto al fundamento empírico para los intereses de investigación en su elaboración de un diagnóstico acertado sobre los problemas contemporáneos. Solamente un respeto tal, creía Elias, orienta responsablemente a la sociedad y a la ciencia como parte de ella.

Con su talante positivista, Durkheim reconstruye las transformaciones en el largo plazo que dieron origen a la sociedad moderna. Así, para Elias resulta de la mayor importancia el paso desde sociedades tradicionales con solidaridad mecánica y un derecho estrictamente punitivo, hacia sociedades modernas con solidaridad orgánica y un derecho preferentemente restitutivo. Desde un punto de vista

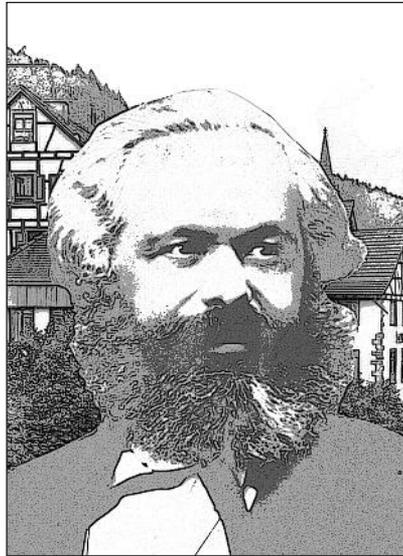
metodológico, allí ve un ejemplo a seguir en la orientación de la sociedad, al describir un fenómeno fundamental y solo comprensible en el largo plazo, en una sociedad en la que la religión ha cedido a otras agencias el monopolio simbólico.

KARL MARX. La religión ocupó un lugar fundamental en las investigaciones de Weber y Durkheim, porque obedecía a una constatación de la realidad: la sociedad moderna debía muchas de sus características a las transformaciones que desplazaron a la religión hacia el espacio privado y, como consecuencia, obligaron a encontrar una justificación diferente para la autoridad de un gobierno secular fundamentado exclusivamente en la ley civil, por definición atea (Abrams, 1983).

Marx muestra un talante diferente. Teniendo plena conciencia judía —al igual que Durkheim y Elias—, resulta muy difícil comprender las razones que lo llevaron a menospreciar las funciones de la religión en la sociedad. El hecho de que el mismo Marx hubiera experimentado una atmósfera puritana asfixiante, como toda su generación, planteaba la oportu-

tunidad para que su inteligencia privilegiada examinara el fenómeno como algo más que una simple excrecencia ideológica (Marx y Engels, 1980). Para Elias, tal actitud evidencia su mayor limitación, pues tras la implacable denuncia y demolición de la ideología capitalista que se quería hacer pasar por ‘la’ conciencia de la humanidad –*Manifiesto comunista, Ideología alemana*–, cae en el error inexplicable de suponer a la ideología proletaria como verdadera. De ahí el carácter fraudulento de sus fines últimos, y el deber de la sociología como cazadora de mitos de desvelarlo en cuanto tal (Elias, 1999).

Marx es el ejemplo más notable de una reconstrucción de la realidad desde la larga duración, perspectiva que había aprendido de Hegel –al igual que la dialéctica– y a la que quería “poner sobre sus pies” –de ahí su aprecio entre los historiadores–. Sin embargo, Elias logra percibir sin mayor dificultad el problema de reconstruir la historia desde postulados notablemente ideológicos. Así, después de rastrear acertadamente el desarrollo de las formas de producción esclavista, feudal y capitalista, postula no obstante, y faltando



Elias destaca como un logro irrenunciable de Marx el punto de partida de su metodología, enunciado en la Introducción general a la *Crítica de la economía política*, y que muestra cómo los fenómenos aparecen al espectador en un completo caos, imposible de comprender inmediatamente.

a los datos, que una utópica sociedad comunista, cuyo estadio transicional sería el socialismo, es no solamente la mejor, sino además inevitable.

Marx es un analista estructural insuperable, capaz de seguir sus desarrollos tanto en el largo

plazo como en los detalles de su engranaje. Sin embargo, no logró percibir el papel de los agentes –no le alcanzó la vida para ello–, por lo que sus estudios dejan la impresión de una sociedad sin hombres, o en todo caso meras marionetas del sistema. Pero la mejor tradición sociológica, desde Durkheim hasta Bourdieu, encuentra que las relaciones sociales pasan necesariamente por la conciencia y libertad individuales, complementando así la grandeza de los aportes de Marx.

Elias destaca como un logro irrenunciable de Marx el punto de partida de su metodología, enunciado en la Introducción general a la *Crítica de la economía política*, y que muestra cómo los fenómenos aparecen al espectador en un completo caos, imposible de comprender inmediatamente. Entonces, el primer paso del conocimiento científico es poner orden en tal caos, desarrollar instrumentos con los cuales organizar lo que por su naturaleza es hostil a toda organización, sacar a la realidad de su inmediatez y someterla a la mediación de la teoría. Es así en primer lugar un intento de domesticación sujeto a yerros, como ya lo veía Nietzsche.

Un aspecto que Elias no deja pasar por alto es el desprecio de Marx hacia las funciones no económicas en la sociedad, a las que consideraba de poca información para sus propósitos explicativos. Por eso, Elias llama la atención sobre los aspectos inconscientes de la vida social, como los de orientación y sentido, que de ser ignorados llevan a un conocimiento sesgado de la realidad. Pero el aspecto que Elias considera más peligroso para la función de la ciencia en la sociedad es el uso facilista y tergiversado que se ha dado a la teoría marxiana —que quedó inacabada—, deduciendo de ella recetas que privilegian el uso de la violencia como estrategia de cambio social, con la nefasta consecuencia —materializada en el socialismo real— de la desconfianza hacia cualquier orden distinto al revolucionario. Todo ello viene a ser consecuencia lógica del sesgo ideológico original de Marx, del que nunca logró desprenderse.

TALCOTT PARSONS. Durante la mayor parte de la carrera de Elias, la perspectiva sociológica dominante fue el funcionalismo norteamericano y su genio Talcott Parsons (Galindo, 2002). Su logro fundamental

fue el ‘sistema social’, la idea de equilibrio entre los diferentes componentes de cualquier sociedad: político, económico, social y cultural. Cualquier factor que altere este equilibrio en cualquier subsistema o en el sistema general, es considerado por el funcionalismo como una ‘desviación’ que puede ser atendida clínicamente, en aras de restaurar el equilibrio perdido. El mejor discípulo de Parsons fue Niklas Luhmann, quien a pesar de lograr una mayor sofisticación de la teoría, conserva el mismo esquema fundamental de equilibrio estructural y funcional (Izuzquiza, 1990).

Para Elias, ello es un típico ejemplo del “atrincheramiento de los sociólogos en el presente”, de su propensión a solucionar problemas urgentes y agobiantes con medicinas de impacto inmediato, actitud típica de la sociedad tecnocrática y su racionalidad funcionalista. En realidad, esta claudicación tiene sus efectos en la concepción de la ciencia y su método, pues lleva al investigador a insertarse en la dinámica de un mercado que exige eficiencia medida en resultados cuantificables, todo sujeto a los rigores del presupuesto institucional (Elias, 1998).

Esta miopía axiológica y conceptual hizo que sobre el funcionalismo norteamericano —y no tanto el francés expresado especialmente en su ciencia antropológica— pesara una sospecha de servir a intereses políticos. Así, por un lado, su énfasis en el equilibrio como condición natural de la sociedad implica el postulado de que la sociedad debe ser replicada, y cualquier disconformidad es vista como un factor “disfuncional” al sistema que debe ser corregido y reintegrado. Y por el otro, su interés en conquistar la academia y revistas especializadas de Europa occidental, posicionó al funcionalismo norteamericano como la contrapartida —más ideológica que propiamente científica— al marxismo.

Todo esto lo detectó Elias desde su posición marginal, sin aspiraciones de notoriedad y, por lo tanto, libre de compromisos o concesiones. En todo caso, Elias no descarta los logros del análisis estructural-funcionalista, sobre todo en el campo antropológico. Las sociedades están estructuradas, pero esta estructura no permanece idéntica a sí misma, aspecto que escapa a los lentes funcionalistas, como a los marxistas escapa que ese cambio

no necesariamente apunta hacia el triunfo proletario en la lucha de clases –tesis que la historia se encargó de refutar.

SIGMUND FREUD. Hoy ya no resulta extraña la consideración de Freud entre los sociólogos, si se tiene en cuenta su pertinencia teórica para la relación agente/estructura y conciencia individual/conciencia colectiva. De hecho, Norbert Elias señala la coincidencia en su asimilación por parte de teorías tan dispares como la Escuela de Fráncfort, la teoría de sistemas o la antropología estructural.

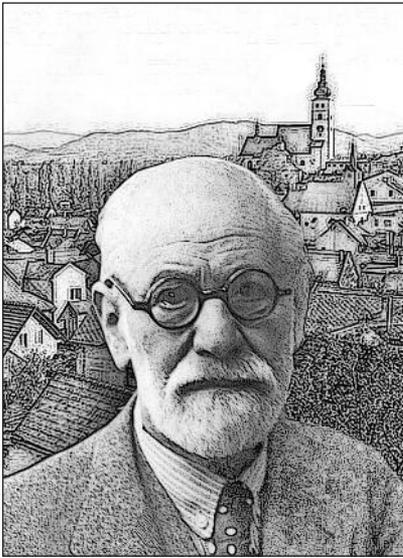
Sin embargo, en la época de Elias los estudios sociológicos privilegiaban un solo aspecto de la teoría freudiana, el señalado en *El malestar en la cultura* por la Escuela de Fráncfort, en la que trabajaba Elias en el momento de su exilio. Desde luego que los desarrollos que Adorno, Horkheimer y Fromm procuraron al psicoanálisis estuvieron marcados por su propio exilio norteamericano, gracias al cual asistieron al triunfo de la sociedad de masas y su potencial anulador de la libido. También Parsons lo acogió en lo fundamental, pero lo leyó desde su propia teoría sistémica rescatan-

do precisamente lo opuesto a la Escuela de Fráncfort, el proceso de interiorización de los valores que la sociedad impone. Pero Elias comprendió que los afanes de una y otra escuela descuidaban el aspecto más significativo del psicoanálisis para la sociología, el de la interiorización de las emociones, aspecto que resultaría central en su propia teoría. Así, por ejemplo, Elias ve que la sonrisa ha implicado un proceso evolutivo de los músculos faciales determinado por la expresión de las emociones, en una especie homo sapiens cuya estrategia de supervivencia fue el trabajo en grupo y las relaciones cara-a-cara.

La teoría freudiana ayudó a Elias a comprender la manera en que se comparten los valores sin los cuales no hay sociedad, y sobre todo que este es un proceso estructurado que exhibe una trayectoria. Él lo llamó “psico-génesis”, y lo consideró la bisagra entre agente y estructura (o entre el individualismo metodológico y el estructuralismo sin sujetos ya sea funcionalista o marxista). Esta apuesta fundamenta toda su obra, y es una clave para la sociología del siglo XXI frente a los procesos de globalización

que insinúan un sujeto sin elección, descuidando, por ejemplo, la transformación y emergencia de subjetividades mediadas por las tecnologías de la comunicación (Smith, 2002).

JOHAN HUIZINGA. Un autor que Elias rescató del olvido en su Holanda natal fue Johan Huizinga, autor de dos textos importantes. En *El otoño de la Edad Media* (e. o. 1919) desplegó un análisis original y profundo sobre la sociedad renacentista, a la que consideró aún heredera de la gran corriente cultural tardo-medieval. Allí planteó el origen de la modernidad desde una perspectiva de historia de las mentalidades, y en ello fue pionero, abarcando en el análisis tanto los casos concretos como su desarrollo en el largo plazo, en una reconstrucción clásica de tipos reales admirada por Elias. Por otra parte, en *El concepto de la historia* (e. o. 1937) recoge sus reflexiones metodológicas acerca de la historia cultural, en las que resalta la importancia de los vínculos entre el agente y la estructura, postula estos elementos psico y sociohistóricos como mutuamente referentes, y rastrea sus desarrollos en el largo plazo. Huizinga fue uno



La teoría freudiana ayudó a Elias a comprender la manera en que se comparten los valores sin los cuales no hay sociedad, y sobre todo que este es un proceso estructurado que exhibe una trayectoria.

de los académicos que más reconoció Elias en su propio trabajo, junto a Foucault y su arqueología intelectual.

MICHEL FOUCAULT. Elias y Foucault se profesaron mutua admiración, aunque no compartieran completamente sus respectivas metodologías. En sus años de madurez fueron convocados en diversos escenarios académicos, encuentro

que nunca llegó a concretarse en la práctica, pero que dejó testimonio en entrevistas y en un intercambio epistolar que da cuenta de sus afinidades, incomodidades y retos intelectuales. Elias admiraba la capacidad de Foucault para reconstruir su “ontología del presente”, pero se distanció de su excesivo énfasis en las discontinuidades y fracturas de la historia, y su desprecio hacia las evidentes continuidades, trayectoria o tradición. Resulta anecdótico el hecho de que estas dos figuras nunca se citaron entre sí, porque estuvieron esperando a que concluyeran sus respectivas obras. Foucault falleció en 1984 y Elias en 1990, dejando pendiente el encuentro que hubiera evidenciado su potencial para el análisis sociológico del siglo XXI (Van Krieken, 1998).

Conclusiones metodológicas para el proyecto “El derecho en el proceso de la civilización”

Otros tantos apuntes podrían citarse respecto a perspectivas como la sociología histórica (Theda Skocpol, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein) o la escuela de los *Annales*, labor

que excede los límites de este espacio. Respecto a la sociología clásica, Elias asume plenamente el precipitado ineludible para toda aproximación crítica a la realidad y extensible a los estudios sociojurídicos:

- Escrupulosa honestidad frente a los datos y la investigación empírica.
- Equilibrio en la aproximación agente/estructura.
- Prioridad de la historia, indagación de sus métodos, contenidos, perspectivas.
- Equilibrio en la aproximación micro (estudios de caso)/macro (largo plazo).
- Consideración de la ciencia como producto social.
- Atención al carácter multidimensional de la realidad humana.
- Equilibrio entre el compromiso con el conocimiento y el distanciamiento debido frente a la propia ideología.
- Reflexión sobre el papel del científico en la sociedad, y autorreflexión sobre el impacto deseado de la propia investigación.
- Reconstrucción comprensiva del fenómeno a estudiar, su trayectoria en el largo plazo y sus posibles desarrollos, en perspectiva de una hermenéutica histórica.

Estos postulados metodológicos, herencia de la mejor tradición sociológica, configuran la perspectiva eliasiana como ‘ciencia’ de objetivos amplios, amplificadora del saber humano, y comprometida en el proceso de autoconciencia colectiva. Desde ellos se puede avanzar ahora hacia su particular teoría de la ciencia, en la que se perciben afinidades con los gestores del pensamiento posmoderno (Elias, 1994).

26

Teoría y sociedad: los intereses del conocimiento

Norbert Elias desarrolló durante toda su vida un robusto andamiaje epistemológico, pero no fueron muchas las ocasiones en que lo presentó y discutió con un público amplio. Sus obras metodológicas mayores son *Sociología fundamental*, *Compromiso y distanciamiento*, *La sociedad de los individuos* y *Conocimiento y poder*. En todas ellas se asoma un diálogo con otras perspectivas epistemológicas afines y complementarias, diálogo que aquí puede resultar pertinente

como contribución a la sociología del conocimiento y a los retos de la ciencia jurídica en la posmodernidad. Estos son sus referentes:

De FEDERICO NIETZSCHE, Elias asume su constatación fundamental de que el mundo que interesa a los humanos es ‘falso’, es decir, que la realidad es en sí misma caótica e inasible. La ciencia es el producto de la necesidad humana de orientación, por lo que ‘inventa’ un universo relativamente comprensible cuyas características reflejan más los afanes del espíritu⁵ que la mecánica de un mundo objetivo, que no existe. El conocimiento científico es un supuesto, producto del humano instinto poético y fabulador.

De PAUL FEYERABEND, Elias adhiere a su crítica de la rigidez metodológica como receta para la ‘creación’ de conocimiento. Celebra sus hostigamientos a la física, dirigidos más a sus supuestos que a sus resultados, por lo que ello implica para la autorreflexión de las ciencias sociales. Y admira la candidez y

audacia de su teoría ‘anarquista’ del conocimiento, en lo que muestra de recursividad y crítica a la arrogancia de la razón.

De HANS-GEORG GADAMER, Elias rescata su contundente fundamentación del círculo hermenéutico como condición del conocimiento, la modestia con que debe proceder cualquier investigación en el gran diálogo universal de la ciencia, y la buena disposición frente a las perspectivas ajenas en la construcción de una verdad siempre provisional –*dia-logos*.

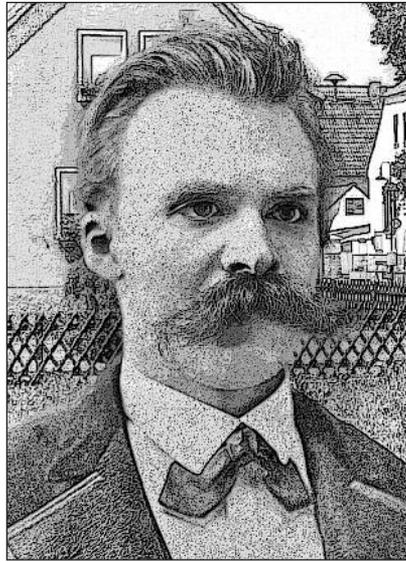
De CLIFFORT GEERTZ, Elias asume su procedimiento para la observación de las culturas, expandiendo la óptica desde múltiples puntos de mira, afinando cotidianamente los instrumentos, corrigiendo los resultados alcanzados y asumiendo la diversidad como regla; todo ello subordinado a la naturaleza misma del sujeto observado.

De GEORGE DUBY –y en general de la Escuela de los *Annales*–, Elias sigue la convicción de que

5. El término se usa aquí en el sentido weberiano de *Geist* asociado a *Kultur* (“der Geist des Kapitalismus”).

la historia documental debe ser complementada con el análisis de otras fuentes menos explícitas pero igualmente ricas, como la reconstrucción de testimonios orales, folclóricos, marcos psicológicos individuales y colectivos, e incluso las variaciones geográficas. Desde esta perspectiva, lejos de dar cabida a la ficción, la ampliación de las fuentes documentales deja lugar a la hermenéutica cultural exhaustivamente situada y desplegada en sus transformaciones de largo plazo, incorporando elementos que de otra manera permanecerían absurdamente desperdiciados.

Para cerrar –mas no agotar– esta reconstrucción provisional de las fuentes de la epistemología eliasiana, se relaciona la obra *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, de Carlo Ginzburg, paradigma de la moderna microhistoria. Esta obra debe su éxito en ventas al lenguaje sencillo y elegante, a la trama episódica que asemeja una novela, y a la perspectiva de un actor popular. Al hilvanar magistralmente la sensibilidad y las decisiones cotidianas de un personaje representativo, con el engranaje de la gran estructura sociohistórica que les sirve de



De Federico Nietzsche, Elias asume su constatación fundamental de que el mundo que interesa a los humanos es ‘falso’, es decir, que la realidad es en sí misma caótica e inasible.

marco, el historiador italiano dio carta de identidad a la “psicohistoria”, metodología que asume radicalmente el papel de los agentes en la construcción de las estructuras y la influencia de estas en la formación de su personalidad, de sus opciones y decisiones. Norbert Elias intentó un ejercicio similar en *Mozart: sociología de un genio*, en el que daba cuenta del contexto social que explica tanto

el auge como la caída de este genio universal –perspectiva que Pierre Bourdieu denominó “socioanálisis” (Aguirre, 2004; Breisach, 2009).

Entonces, la lectura crítica de Norbert Elias sobre los clásicos, y la fundamentación de su propia epistemología aquí sugerida, apunta a la unidad –sin separación ni confusión– del método y de las perspectivas de las ciencias sociales en un mundo posmoderno cuya comprensión cabal exige la superación del feudalismo académico (Wallerstein, 1998).

Estudios de caso – Respeto hacia los datos

Si estos son los caracteres generales de la ciencia genuina, entonces estos deben ser puestos a prueba en la investigación real. Por eso para Elias fueron siempre muy importantes los estudios de caso, pues ellos ratifican los planteamientos del investigador o llaman a su reelaboración. Desde luego, esta perspectiva comprensiva exige una interpretación de los resultados de la investigación empírica, asunto que se abordará al final de esta intervención.

A continuación se presentan tres estudios de caso en los que Elias trabajó toda su vida y en los que puso a punto su teoría; y tres estudios de la Escuela de Ámsterdam que desarrollan la teoría de la civilización en contextos extraeuropeos.

El abordaje de un caso implica un máximo distanciamiento ideológico y un andamiaje teórico a partir de los tipos reales, aspectos que controlan paso a paso el desarrollo de la investigación. La perspectiva de la larga duración debe estar siempre presente, es un postulado irrenunciable, pero ello deja margen para la combinación de estudios de reconstrucción sincrónica o diacrónica. Los estudios de caso no pueden renunciar a la reconstrucción de su trayectoria, pues todo problema exhibe siempre una trayectoria. Pero sí deben renunciar a cualquier intento de reconstrucción exhaustiva y detallada por imposible, innecesaria y metodológicamente contraproducente.

Norbert Elias se concentró en la comprensión de los elementos para él fundamentales en el origen de la modernidad, y que no habían alcanzado una explicación adecuada desde la sociología —y

por lo tanto desde la historia—. Uno de estos elementos fundamentales es el desarrollo del capitalismo, entendido como práctica social y como mentalidad; el otro es la emergencia de los Estados nacionales como actores —y no solo espectadores— de la configuración capitalista internacional que los constreñiría a luchar por unos recursos limitados. Es así como dedicó buena parte de sus esfuerzos a la comprensión del origen de los Estados nacionales francés, alemán e inglés.

FRANCIA. La formación del Estado nacional francés resultó de crucial importancia para el desarrollo de la modernidad europea. Por eso Elias lo toma como referente de un modelo real a partir de cual pueden compararse otras formaciones, como de hecho lo hizo con Alemania e Inglaterra. Allí Luis XIV, el Rey Sol, heredó y culminó el largo proceso por el cual la Casa de Borbón conquistó paulatinamente la hegemonía, superando de esa manera el inveterado feudalismo francés. Luis venció a los últimos aspirantes al trono en una trayectoria que habían iniciado sus antecesores y, una vez ocupado el único trono de Francia, decide hacer del pa-

lacio de Versalles la residencia permanente de la nobleza que se transforma así de guerrera en cortesana. Sin proponérselo, Luis crea así la sociedad de corte, que sería ejemplo para todos los príncipes en el proceso conocido como el “afrancesamiento de Europa” (Réau, 1961). Estructuralmente, la sociedad así pacificada desplaza a un segundo lugar a los guerreros y sus hábitos de los cuales dependía la supervivencia cotidiana, privilegiando ahora los comportamientos refinados de los que depende el ascenso en la nueva escala social. Al encontrar tiempo disponible, esta nueva sociedad promueve todo tipo de expresiones culturales que dieron a Francia su gran prestigio nacional, y de las cuales el derecho es un aspecto sobresaliente —pues no ocupaba un lugar importante en la antigua sociedad feudal que privilegiaba la solución violenta de los conflictos—. La consolidación de un centro político incuestionado y la creación de las fronteras fijas, el surgimiento de un mercado nacional cohesionado, de un ejército y una policía estables, y la creciente necesidad social de una administración y un derecho unificados y territoriales, impulsores de una cultura na-

cional específica, están entre los elementos decisivos de la nueva época que surge de la competencia entre Estados nacionales rivales, y por los cuales Luis XIV goza de su reconocimiento como el forjador de la Francia moderna (Elias, 1982, 1987).

ALEMANIA. El caso paradigmático para Elias, por opuesto al anterior, es el de una sociedad alemana que permaneció feudalizada hasta finales del siglo XIX, como consecuencia de la política del ‘equilibrio’ europeo llevada a cabo por las potencias vecinas. Dado que Francia, Inglaterra, Rusia y Austria lograron consolidarse pronto como Estados nacionales –con todo lo que ello significa de desarrollo institucional–, requirieron de un espacio neutral a manera de barrera que impidiera un choque bélico inevitable entre ellas. La zona neutral lógica era el centro de Europa, Alemania, que no debía surgir como un Estado nacional más que conmocionara el tan necesario equilibrio. Así, cuando Bismarck consolidó a sangre y fuego la unidad alemana, hacia 1870, los alemanes ya habían desarrollado durante cuatro siglos una personalidad histórica de resentimiento e inferioridad

frente a sus poderosos vecinos, que habían conspirado durante tanto tiempo para mantenerlos en la oscuridad del feudalismo. Bismarck sabía muy bien que la supervivencia de su joven Estado dependía de la supresión definitiva de la política del equilibrio europeo, que las potencias no iban a abandonar tan fácilmente. Este fue el origen de la Primera Guerra Mundial, en la que se buscaba un reacomodamiento de poderes que no quedaría saldado con el Tratado de Versalles. En la década de 1920 Alemania se vio postrada por una crisis económica y social sin precedentes, que no hizo sino avivar ese viejo sentimiento colectivo de resentimiento e inferioridad que jugaría un papel importante en la elección popular del régimen nacionalsocialista y la refrendación cotidiana de sus prácticas. El entonces canciller Adolf Hitler logró el milagro económico al concentrar la ocupación en la industria militar, ya que sabía muy bien que la política del equilibrio europeo –ingenuamente refrendada por el Tratado de Versalles– era la daga en la espalda de la nación alemana. También el ‘derecho ario’, materializado en las leyes de Núremberg, obedeció a la

práctica del Estado-nacional de positivizar las normas con base exclusivamente en el procedimiento parlamentario, lo que solo vino a ser sancionado al descubrirse las realidades denigrantes de un régimen que en todo momento fue legal (Elias, 1999).

INGLATERRA. Respecto al Estado nacional inglés, Norbert Elias tuvo ocasión de estudiar el asunto a partir de una propuesta de investigación sobre el origen de la profesión naval, que tuvo en Inglaterra un desarrollo privilegiado. El caso es que a través de esta reconstrucción, Elias logra penetrar en el desarrollo socioeconómico que estuvo en la base de la formación del Estado nacional inglés como un agente económico en expansión. Allí el conflicto entre estamentos de tradición feudal no llegó a un punto explosivo como en Francia, gracias a que la dinámica económica inglesa absorbió buena parte de la mano de obra disponible transformándola en una pujante clase media. La tradición naval se había desarrollado en Inglaterra como estrategia de supervivencia, estimulada por la política del equilibrio europeo y la imperativa supremacía militar. Pero,

de forma aun más determinante para el mundo moderno, el oro americano estimuló el uso de tal poderío para transportar materias primas y mercancías en todas direcciones del globo, por lo que la emergente clase industrial vio una oportunidad de enriquecimiento en las rutas comerciales, uniendo la profesión militar-naval y la comercial-naval. Así, el análisis de su desarrollo revela la dinámica social inglesa hacia 1600; siendo el primer país que liberalizó la venta de la tierra *–enclosure–* liberó también grandes masas de siervos y arrendatarios que llegaron a las nacientes ciudades industriales como Manchester, donde esperaban ser absorbidos por las textileras. La dinámica fabril acrecentó los ingresos de las clases burguesas y esta riqueza atrajo a los nobles empobrecidos, mezclándose en el engranaje cotidiano de los negocios. Con la necesidad de conquistar mercados, buena parte de esta nueva clase se embarcó en la aventura comercial de ultramar, en donde encontraron nuevas oportunidades como jefes de empresas comerciales

–Compañía de las Indias Orientales–. Entonces, por un lado, el país se volvió más dependiente de la industria y su extensión comercial, estimulando estas empresas en número y tamaño; y por otro, el crecimiento continuado de la población encontró una ocupación allí donde la dinámica procedente habían creado una nueva clase, la naval (Elias, 2011).

De esta manera, parece que Elias asume el postulado metodológico de Marx según el cual las sociedades adelantadas en los procesos de producción y reproducción infraestructural sirven a los propósitos del análisis genético-estructural: tipos reales.⁶ Ahora veamos algunos desarrollos de la teoría aplicados a formaciones extra-europeas.

JAPÓN. La socióloga Eiko Ikegami, doctorada por la Universidad de Ámsterdam, dio un uso original a la teoría de la civilización en su estudio *La domesticación del Samurái*, una reconstrucción del proceso por el cual Japón superó su orgullosa época

feudal en la que la casta de los samurái regía a la sociedad, para consolidarse como un Estado nacional moderno. Centralizado y pacificado, condiciones para el desarrollo de un mercado nacional y su protección jurídica, desplazó de forma sumamente traumática a la antigua sociedad y sus valores militares, por disfuncionales. De la misma manera, la doctora Ikegami sigue las pautas de comportamiento tradicionales que se transforman en la nueva sociedad de comerciantes y juristas dando forma a la especificidad cultural japonesa moderna, reflejada en sus formas de administración y liderazgo de origen samurái (Ikegami, 2012).

YUGOSLAVIA. El sociólogo holandés Mart Bax quiso comprender el fenómeno vergonzoso por el cual una sociedad europea se deshizo en comportamientos bárbaros finalizando el siglo XX, como si los holocaustos de la Segunda Guerra Mundial nunca hubieran sucedido. Este investigador convivió durante seis años con la población de Medjugorie,

6. “Los países industrializados más desarrollados no hacen sino poner delante de los países menos avanzados el espejo de su propio porvenir” (Marx, 2010).

centro espiritual de los católicos bosnios y blanco favorito de sus ancestrales enemigos croatas, de mayoría turco-musulmana. La formación del Estado nacional yugoslavo se había logrado gracias a la enérgica actividad política y militar del mariscal Tito, que logró unificar una variedad de culturas en lo que había sido el centro de intercambio entre los imperios Otomano y Bizantino, que posteriormente entró a formar parte del imperio Austro-Húngaro. Bajo la amenaza de la paz comunista, las diferencias culturales, profundas a más no poder, permanecieron acalladas en favor de la unidad nacional, alimentando soterradamente los inveterados odios y rivalidades que no podían hacer otra cosa sino estallar una vez desecha la camisa de fuerza que los había mantenido unidos artificialmente. La ira contenida durante generaciones explotó con una violencia insospechada, dejando a la sociedad yugoslava abandonada a la furia de los fusiles y de los comportamientos guerreros que honraban a los héroes de uno y otro bando por los grados de crueldad que fueran capaces de exhibir. La población de Medjugorie fue teatro de identidades nacionales y de esperanzas que funcionaron

muy bien en el momento del derrumbe total, y que permanecen en la conciencia colectiva de una manera imborrable (Bax, 1995).

PERÚ. En un contexto cercano al nuestro, el sociólogo Fred Spier se internó durante diez años en la localidad peruana andina de San Nicolás de Zurite, para hacer un seguimiento a las transformaciones en la conciencia colectiva de una población que a pesar de los siglos de colonización española y republicana, aún habla el quechua y reproduce cotidianamente una parte importante del acervo cultural prehispánico. El sociólogo holandés encontró que las transformaciones en los comportamientos individuales obedecen al conflicto entre la modernización que está a tan solo un paso, en la vecina ciudad de Cuzco, y el acervo tradicional que representa tanto un orgullo como una ocasión de resistencia frente a maneras de entender el mundo humano y no humano consideradas barbáricas. Al mismo tiempo, se experimenta allí la presión de una figuración estatal que quiere desarrollarse colonizando el espacio cultural y natural de San Nicolás, cuya resistencia al cambio y apuesta por la conservación se ve como

disfuncional a una mentalidad económica basada en el progreso. Así entonces, el investigador se pregunta de dónde proviene la civilización, si de la tradición que mantiene formas de organización inveteradas y pacíficas –con el medio ambiente social y natural–, o de una configuración estatal que oscila entre la democracia de corte europeo occidental y el caudillismo decimonónico latinoamericano (Spier, 1995).

Coda. En este apartado se ha querido mostrar el necesario equilibrio o mutuo control entre teoría y práctica, agente y estructura, compromiso y distanciamiento, que define el talante y pertinencia de la perspectiva sociológica que aquí se suscribe. A continuación se presentan los caracteres generales de la teoría y su significado para las ciencias sociales como autorreflexión de la humanidad.

Figuraciones y procesos – El insalvable giro hermenéutico

En sus trabajos, Elias puso a prueba la necesidad de superación de ciertos hábitos mentales que dificultan la comprensión

de la realidad, pues funcionan como lentes que distorsionan la visión o herramientas que estropean la materia prima. Tales desatinos plantean a la investigación el desafío de identificar y corregir los falsos dilemas o falsos problemas a que dan lugar. Estos son de tres tipos:

TEORÍA/PRÁCTICA. Hoy se siguen presentando estudios con base empírica sin mayor análisis conceptual, o puramente teóricos sin sustento empírico, lo cual no deja de resultar curioso como persistencia de la típica ruptura del siglo pasado entre sociología alemana y norteamericana, o sociología y antropología, por ejemplo. Elias ha mostrado la necesidad de avanzar desde los estudios de caso o tipos reales hacia el sentido o dirección del desarrollo estructurado en el largo plazo, ejercicio intelectual exigente que implica como requisito un equilibrio entre el compromiso y el distanciamiento del investigador frente a los datos —y del cual Marx es el caso prototípico.

SUJETO/OBJETO. Aunque aparentemente este problema había sido superado, desde que la sociología construyó su estatus científico diferenciándose de la filosofía o la psicología —con Durkheim postulando los ‘hechos’ sociales como su campo específico, Weber precisando una sociología comprensiva libre de valores, y Marx insistiendo en el deber emancipador de la ciencia a pesar del peso del sistema—, hoy esta confusión resurge ingenuamente en el funcionalismo del paradigma económico dominante (Stglitz, 2010; Kalmanovitz, 2010), o más sofisticadamente en forma de análisis político contextual (Goodin, 2006). De ahí el esfuerzo de Elias por mostrar la falsedad ontológica del *homo clausus* e invitar a asumir en la vida social y en el campo científico la perspectiva de los *homini aperti*, en lo que exhibe cierta afinidad con Gadamer al constatar que el investigador está inserto en su realidad e inevitablemente la piensa desde sus propias categorías —precomprensión.⁷

INDIVIDUO/SOCIEDAD. El concepto de figuraciones como entramados de relaciones o vínculos de interdependencia que van tejiendo los sujetos entre sí —aunque inconscientemente—, implica los procesos de socialización como la educación formal e informal mediante los cuales el niño interioriza ciertas pautas de comportamiento que lo hacen apto para desenvolverse en su sociedad. Por otra parte, el concepto de procesos da cuenta de la constante aunque lenta transformación de las figuraciones y de las pautas de comportamiento a que dan lugar. Con estas categorías, Elias quiso abordar el solapamiento entre la estructura social que ofrece un cierto menú de opciones, y el sujeto que interpreta y elige entre ellas con base en la dinámica de sus relaciones y objetivos mediatos e inmediatos. En sus estudios Elias muestra cómo, para hacer efectivas sus opciones, el sujeto debe contar con otros y él mismo forma parte de las opciones de los demás, ratificando el postulado

7. “Hay una presión socialmente determinada a proceder según la polarización conceptual entre un sistema de creencias que concibe como valor máximo a la ‘sociedad’, y otro que considera que ese valor máximo es el ‘individuo’. El concepto de *figuración* sirve para proveerse de un sencillo instrumento conceptual con ayuda del cual flexibilizar la presión social que induce a pensar y hablar como si ‘individuo’ y ‘sociedad’ fuesen dos realidades no sólo distintas, sino además antagónicas” (Elias, 1995).

de Durkheim según el cual la conciencia colectiva está presente en la conciencia individual aunque no se confunde con ella. Elias postula esta condición sociológica fundamental como un equilibrio entre el ‘yo’ y el ‘nosotros’ (Nocera, 2006).

Así, la reelaboración y superación de los falsos problemas o dilemas teoría/práctica, sujeto/objeto e individuo/sociedad, dio pie a los elementos fundamentales de su propia teoría. En primer lugar, el desarrollo de las sociedades europeas avanzadas analizadas por Elias muestra un esfuerzo continuado por superar los condicionamientos naturales y sociales que entorpecen la vida humana, y que Elias teoriza como “triada de controles básicos”. Estos indican un esfuerzo progresivo en parte consciente, en parte inconsciente, de los entramados sociales en tres aspectos:

- control sobre los fenómenos naturales mediante la tecnología,
- control sobre las relaciones interpersonales y sobre los sistemas sociales a que dan lugar, y
- autocontrol de los individuos sobre sus emociones.

Esta triada indica, en primer lugar, la manera en que el agente y la estructura se solapan en una figuración específica, sacando a la luz el hecho de que al nacer, el individuo –aún no “sujeto” por cuanto no ha sido socializado– encuentra la sociedad ya hecha, que le aparece en forma de vida cotidiana y le exige ciertas maneras de sentir, pensar y actuar que debe interiorizar so pena de ser excluido de la vida social –y, en casos extremos, ser considerado ‘delincuente’ o ‘loco’–; por el contrario, la habilidad para adoptar los comportamientos socialmente aceptados permite a la persona participar en el sistema de incentivos que concede reconocimiento y ascenso en la escala social.

Ahora bien, resulta preciso insistir en que la figuración que da origen a la triada está en constante transformación, por lo que el solapamiento entre la conciencia colectiva e individual está sujeto a cambios permanentes. El hecho es que el sujeto participa activamente de la triada y, por lo tanto, la investigación científica también manifiesta este proceso. Ello se puede rastrear en el caso del derecho como teoría y como práctica que, desde una consi-

deración como derecho divino, pasa a otra como derecho natural, o positivo o internacional, dependiendo de la etapa en que se encuentre la figuración y su triada característica.

En segundo lugar, el análisis muestra procesos de integración e interdependencia crecientes entre las unidades de supervivencia, desde la confederación de ciudades-Estado en la Grecia clásica (con su característica concepción del *hombre-polis* que marca la diferencia entre ‘ciudadano’ y ‘bárbaro’), pasando por el Imperio Romano (y su experiencia del derecho como *lex*), el feudalismo (como interdependencia jerarquizada y reproducida en los matrimonios), el Estado Absolutista (y su refinamiento cortesano), el Estado de Derecho Liberal (con su protección de las relaciones económicas a través del Código Civil), y el Estado Social (cuya apuesta civilizatoria es la búsqueda de la justicia material), hasta el emergente Estado supranacional (que concibe la convergencia de tradiciones y recursos como estrategia privilegiada de atención a la inédita problemática del siglo XXI) (Elias, 1988; Marquardt, 2007).

Tal reconstrucción no es un intento más de postular a Europa occidental como modelo o garante de la civilización, o una novedosa propuesta historiográfica que pretenda discutir con sus similares, ni siquiera un intento de corrección del paradigma politológico o jurídico vigente —recluido en el aquí y el ahora—. Sin embargo, y dada su fuerte vocación de reconstrucción diacrónica, la teoría de la civilización lleva implícita la discusión sobre qué se entiende por ciencia histórica. Frente al escepticismo posmoderno que no ve allí más que una sucesión azarosa y caótica de eventos, sin causalidad estructural alguna, Elias constata pruebas de lo contrario en sus estudios de caso. Por otro lado, frente a las ya improbables y marcadamente ideológicas profecías del pasado, que pretenden comprobar el desarrollo ininterrumpido de una u otra concepción del mundo entendida como superior, Elias —víctima él mismo de la megalomanía nazi— se ciñe a los datos y detecta allí una trayectoria estructurada, que denomina ‘proceso civilizatorio’.

En términos generales, Norbert Elias sigue las consecuencias de su estudio de tipos reales

(Francia, Alemania, Inglaterra) y la trayectoria que exhiben como procesos civilizatorios. Los datos han mostrado que, en general, unas generaciones recuperan la experiencia de las anteriores y valoran la tradición como un punto de partida para la solución de sus propios problemas. Los seres humanos se encuentran constituidos como una pluralidad, cada uno abierto a relaciones con los demás (*hominini aperti*), relaciones que se entrelazan constituyendo una figuración, figuraciones que están en constante transformación en el largo plazo. Así, el mundo propiamente humano ha tomado forma a través del esfuerzo de una larga cadena de generaciones, cada una aprendiendo de los errores y virtudes de la anterior, constituyendo a la historia como tradición en busca de una sociedad buena (Gadamer, 2007). Esta trayectoria de largo plazo muestra en general tres momentos:

1) *Cambios en los comportamientos individuales...* El primer síntoma de que una sociedad está en transformación es que las personas se comportan distinto, hablan diferente, se visten diferente, se conciben a sí mismas de

forma distinta a las generaciones anteriores. En el caso de la moda, por ejemplo, esta siempre ha sido indicador de distinción social, del lugar que cada quien ocupa en la escala social, y por lo tanto confiere visibilidad y prestigio; así que la historia de la moda refleja la mentalidad que en cada época define las condiciones de reconocimiento y ascenso social.

2) *Determinados por la estructura social...* Elias demostró que, aunque lo más evidente para la investigación son los cambios en los comportamientos individuales, en realidad estos no son una elección individual, sino que obedecen a las presiones propias de la figuración que llevan a competir por unos limitados recursos de prestigio. Al transformarse la estructura —siempre en el largo plazo—, cambian las fuentes del reconocimiento social, por lo que la moda nunca será una decisión individual sino una imposición estructural.

3) *... que van desde formas de comportamiento más violentas hacia formas de comportamiento paulatinamente menos vio-*

lentas. Los estudios de caso mostraron una trayectoria en el largo plazo en la que los seres humanos buscan maneras de resolver los conflictos pacíficamente, dadas las consecuencias del uso cotidiano de la violencia desmedida. La figuración feudal estimulaba la exhibición cotidiana de comportamientos violentos, típicos de la clase militar dominante, en una sociedad que dependía de sus guerreros para la supervivencia diaria; la figuración cortesana, en una sociedad relativamente pacificada por el ascenso incuestionado de un único gobernante, premia ahora los comportamientos refinados propios de relaciones cara a cara entre iguales en rango, por lo que la exhibición de comportamientos violentos se ve desplazada del espacio público: lo que confiere ahora prestigio y ascenso en la escala social son formas de comportamiento apropiadas a la nueva sociedad en la que los militares ocupan un lugar subordinado. La educación, la relación entre

los sexos y el Derecho Internacional Humanitario, son otros claros ejemplos de esta dirección de los comportamientos asociada a la triada de controles básicos arriba descrita. Desde luego, abunda la casuística *a contrario sensu*, pero lo que Elias encontró es que las sociedades avanzadas en el proceso civilizatorio se muestran cada vez menos tolerantes frente a la exhibición de comportamientos violentos en la vida cotidiana.

Desde luego, su honestidad intelectual le permitió seguir las condiciones específicas que llevan a una sociedad relativamente pacificada a desbordarse en la exhibición cotidiana de comportamientos violentos. Dado que la sociedad no es un objeto inanimado, las condiciones de su desarrollo no están determinadas hacia una dirección específica, por lo que pueden mostrar una trayectoria opuesta de descivilización o barbarización, de la que el caso alemán resulta paradigmático.⁸

Sobre el derecho en el proceso de la civilización – La Primavera Árabe como problema sociojurídico

Entonces, después de haber descrito 1) la íntima relación entre vida y obra en Elias, 2) su posición intelectual frente a la ciencia en general y frente a la sociología en particular, 3) algunos tipos reales de procesos civilizatorios y 4) el andamiaje conceptual básico que ordena los datos, ahora se presenta someramente un análisis explicativo sobre la Primavera Árabe como ejemplo de un proceso civilizatorio.

Cuando en febrero de 2011 el joven Mohamed Bouazizi se inmoló en una plaza pública en Túnez protestando por la falta de oportunidades laborales para las nuevas generaciones, ni los analistas más curtidos podían prever las consecuencias de tal acción.⁹ Como es ya conocido, este acto causó tal indignación entre el público, que fue el detonante para las manifestaciones masivas que causarían la dimisión de Zine Ben Alí tras

8. De hecho, su *opus magnum* lleva el extraño epígrafe: “A la memoria de mis padres, † Auschwitz (1941?)”.

9. Es lo que confiesan los intelectuales convocados en *Foreign Affairs* 90(3), 2011, dedicado a la Primavera Árabe.

veinte años de gobierno. El movimiento se expandió en un proceso de contagio similar al de las revoluciones burguesas de 1848, al del ascenso de los movimientos fascistas de 1920, o al del colapso del mundo comunista de 1990. Así, los alzamientos populares sacaron del poder a dictadores inamovibles como Mubarak, Gadafi o Saleh, y hoy tienen en jaque a una de las dictaduras más estables del Oriente Medio, la de Bashar al-Assad en Siria (Amin, 2011).

36

Estos movimientos, como todos los conflictos sociales, tienen un origen multicausal y de largo plazo, y las explicaciones fáciles no hacen sino tergiversar su realidad. A manera de aplicación metodológica, aquí se quiere llamar la atención sobre dos puntos: a) las condiciones internacionales que dieron estabilidad política durante décadas a estas dictaduras del mediterráneo (geopolítica); y b) las características de estos levantamientos populares precisamente como reivindicaciones sociales y no políticas, como revuelta y no como revolución. Un proceso

civilizatorio propiamente tal debe conducir a la constitución de un espacio para el ejercicio de las libertades públicas y privadas, que promueva y proteja todas las manifestaciones de una sociedad pluralista, y que suele llamarse Estado de Derecho en su vocación de superación de la violencia, privilegiando al derecho como instrumento de solución pacífica de conflictos —y que incluye, por supuesto, la discusión libre y razonable de lo que debe ser el derecho genuino. El caso de la Primavera Árabe brinda la ocasión para indagar el sentido y lugar del derecho en una sociedad tardo-moderna que ha aprendido las lecciones del pasado, entre las que sobresale el callejón sin salida a que conducen todas las guerras —internas y externas—, al final de las cuales vencedores y vencidos siguen enlazados entre sí. Así se puede aventurar el significado de la expresión “el derecho en el proceso de la civilización”.

En primer lugar, es una reconstrucción histórica de la teoría y práctica del derecho como elemento del proceso civilizatorio,

en su doble condición de figuraciones y procesos. En segundo lugar, la indagación no intenta reconstruir exhaustivamente el proceso en todos los detalles, ejercicio que es de suyo improcedente. Y en tercer lugar, dada su vocación hermenéutica, a la teoría le resulta imperativo detectar los elementos realmente relevantes para la elaboración del sentido y proyección del derecho, que aquí se entiende como un derecho internacional por principios —Ferrajoli, Dworkin, Keohane— en perspectiva de una kantiana Federación Mundial (Álvarez, 2006).

Si la llamada Primavera Árabe lograra el milagro sociológico de la convivencia pacífica en libertad, y de esta manera la esperanza para el mundo del siglo XXI proviniera precisamente del ejemplo brindado por las milenarias culturas del Medio Oriente, entonces la diferencia conceptual entre *valores* —propios de cada tradición— y *principios* —de vocación racional-universal— quedaría así demostrada como legado de la ciencia en su función social de orientación.¹⁰

10. Resulta indispensable Weber (1995) para la clásica fundamentación de la ética como “responsabilidad” y “convicción”.

Conclusión – ¿El derecho tiene algún sentido?

Si al final de esta intervención se plantea una pregunta, es porque se supone la complejidad del tema tratado: la fundamentación metodológica de la teoría de la civilización, y su aplicación al derecho como proceso social. Y si la pregunta misma hace un llamado a la polémica, es porque surge inevitablemente como tarea hermenéutica: la ciencia es una construcción social. El tema queda necesariamente abierto.

Las posibles respuestas que se pueden preparar postulan la función del derecho, como teoría y como práctica, diseñando el espacio para la libertad en donde se juega lo propiamente humano.¹¹ La cuestión sobre qué constituye lo propiamente humano, señala la promesa acerca de lo que es capaz el Hombre en su pluralidad –promesa de Humanidad.

Así, pues, la pregunta por el *sentido* del derecho lleva implícita esa otra fundamental sobre

“qué somos”, qué hemos hecho de nosotros mismos a través de una Historia de la que somos artífices –al igual que de nuestro esfuerzo por comprenderla–.

Hasta ahora, la investigación muestra que el cosmopolitismo, entendido como fundamentación filosófica de un espacio público mundial decisorio, es la estrategia apropiada para enfrentar la gravísima crisis actual. El terrorismo internacional; la proliferación nuclear; el tráfico mundial de estupefacientes, insumos, armas y personas; el cambio climático o las consecuencias de los ciclos económicos, plantean en su conjunto una problemática inédita que desafía la supervivencia misma de la humanidad. Pero no está nada claro cómo se va a lograr la voluntad política para usar los instrumentos a disposición y tomar las decisiones adecuadas.

Los fundamentos de tal cooperación democrática internacional, o federación mundial, han sido ya pensados suficientemen-

te por la tradición filosófica, de forma paradigmática por Kant y debidamente “actualizada” por Feyerabend, Dworkin y Keohane. Pero son sus potencialidades como “giro civilizatorio” desde el final de la historia los que justifican esta investigación.

Nunca antes la humanidad había enfrentado una crisis tan profunda y generalizada, y nunca había tenido a su disposición tantos y tan sofisticados instrumentos para gestionarla. El fundamento de tal crisis no es, pues, tecnológico, sino político, y la construcción de la requerida voluntad política global pasa necesariamente por la orientación que brinda la ciencia, como aquí se ha querido mostrar.

Estos son, pues, los intereses del conocimiento sobre *el derecho en el proceso de la civilización*.

Referencias

Abrams, P. (1983). *Historical sociology*. New York: Cornell University Press.

11. “La política sí tiene un sentido, pues sólo mediante el hablar y el replicar –entre personas, Estados y culturas– surge y se mantiene el espacio en donde todo lo demás ocurre”. Hannah Arendt, *¿Qué es la política?*, Barcelona, 1990, p. 124.

- Aguirre, C. (2004). *La historiografía en el siglo XX*. Madrid: Montesinos.
- Álvarez, L. (2006). *Historia del derecho internacional público*. Bogotá: PUJ.
- Amin, S. (2011). *¿Primavera Árabe? – El mundo árabe en la larga duración*. Barcelona: Intervención cultural.
- Arendt, H. (1990). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Bax, M. (1995). *Medjugorje: religion, politics and violence in rural Bosnia*, Amsterdam: AUP.
- Bourdieu, P. (2000). El interés del sociólogo. En Bourdieu, *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Breisach, E. (2009). *Sobre el futuro de la historia*. Valencia: PUV.
- Elias, N. (1988). *Humana Condición: consideraciones en torno a la evolución de la humanidad*. Barcelona: Península.
- Elias, N. (1989). *El proceso de la civilización*. México: FCE.
- Elias, N. (1994). *Conocimiento y poder*. Madrid: Piqueta.
- Elias, N. (1995). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (1998). El atrincheramiento de los sociólogos en el presente. En Elias, *La civilización de los padres*. Bogotá: Norma.
- Elias, N. (1999). *Los alemanes*. México: Inst. Mora.
- Elias, N. (2002). *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península.
- Elias, N. (2011). Sobre la génesis de la profesión naval. *Revista Apuntes* (20), 9-31.
- Gadamer, H-G. (1993). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Gadamer, H-G. (2007). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- Galindo, J. (2002). Norbert Elias y Talcott Parsons. En *Norbert Elias: legado y perspectivas*. México: Universidad Iberoamericana.
- Goodin, R. (2006). *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*. Oxford (UK): Oxford University Press.
- Ikegami, E. (2012). *La domesticación del samurái – El individualismo honorífico y la construcción del Japón moderno*. Madrid: Anthropos.
- Izuzquiza, I. (1990). *Niklas Luhmann o la sociedad sin hombres*. Barcelona: Anthropos.
- Kalmanovitz, S. (2010). *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá: Taurus.
- Kuhn, Th. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Lonergan, B (1997). Functional Specialties. En *The Lonergan Reader*. Toronto: University of Toronto Press.
- Lukes, S. (1984). *Durkheim*. Madrid: Alianza.
- Marquardt, B. (2007). *Historia universal del Estado*. Bogotá: UN.
- Marx, K. (2010). Prólogo a la primera edición alemana del primer tomo de *El Capital*. México: FCE.
- Marx, C. y Engels, F. (1980). *Sobre la religión*. Salamanca: Sígueme.
- Merton, R. (2002). El impulso puritano a la ciencia. En: *Teoría y estructura sociales*. México: FCE.
- Nocera, P. (2006). Un yo que es un nosotros: individuo y sociedad en la obra de Norbert Elias y Max Weber. *Nómadas* (13), 173-193.
- Réau, L. (1961). *La Europa francesa en el siglo de las luces*. México: UTEHA.
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones*. México: FCE.
- Smith, D. (2002). *The civilized organization: Norbert Elias and the future of Organization Studies*. Amsterdam: Benjamin Publish-Co.
- Soleil, S. (2006). El derecho

- francés como modelo jurídico. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, XXVIII, 387-398.
- Spier, F. (1995). *San Nicolás de Zurite: Religion and Daily Life of a Peruvian Andean Village* in a *Changing World*. Amsterdam: VU University Press.
- Stiglitz, J. (2010). *Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*. Madrid: Taurus.
- Van Krieken, R. (1998). *Norbert Elias*. London: Routledge.
- Weber, M. (1995). *El político y el científico*. Barcelona: Altaya.
- Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*. Madrid: Siglo XXI.